

y rica de la Siria; los montañeses que manda son valerosos, inteligentes, disciplinados; los caminos para llegar al centro del Líbano, son intransitables; los maronitas, que son muy numerosos en el Líbano, se sacrificarían por el emir, en virtud del lazo común del cristianismo, y por el odio y el terror del dominio turco.

El único obstáculo para la creación de un poder nuevo en aquellos países, es la diferencia de religión entre los maronitas, los drusos y los metualis, que pueblan en número casi igual, las montañas sometidas á la autoridad del emir; el más firme vínculo de nacionalidad, es la comunidad de las ideas religiosas, ó por mejor decir, lo ha sido hasta aquí. La civilización, a medida que progresa, reduce el pensamiento religioso al individualismo, y otros intereses comunes forman la nacionalidad; como estos intereses son menos graves que el interés de religión, las nacionalidades van debilitándose,—porque ¿qué cosa hay más fuerte para el hombre que el sentimiento religioso, que su dogma, que su fé íntima? Ese sentimiento es la voz de su inteligencia, es el pensamiento en que resume todos los demás; costumbres, leyes, patria, todo reside para un pueblo en su religión; eso es lo que motiva, en mi concepto, que sea tan difícil que el Oriente se constituya en una sola y gran nación; por eso se desmorona el imperio turco. No se ven signos de una existencia común, síntomas de

una nacionalidad posible, mas que en las partes del imperio en que están aglomeradas las tribus de un mismo culto,—entre la raza griega, asiática, entre los armenios, entre los búlgaros y entre los servios; —fuera de ahí, se ven hombres, pero no se ve nación.

3 de Octubre, 1832.

Hoy he bajado las últimas pendientes del Líbano que van de Deir-el-Kammar al Mediterráneo, y he venido a pasar la noche en un kan aislado de estas montañas.

A las cinco de la mañana montábamos a caballo en el patio del palacio del emir. Al salir de la puerta del palacio, se empieza por bajar a un sendero labrado en la peña y que gira alrededor del cerro de Dptedin. A derecha é izquierda de estos senderos, los cuadros de tierra que sostienen los terrados artificiales están plantados de moreras, y admirablemente cultivados; la sombra de los árboles y de las vides cubre por do quiera el suelo, y numerosos arroyos, dirigidos por los árabes cultivadores, bajan de lo alto del monte a dividirse en targeas y a regar el pié de los árboles y los huertos. La gigantesca sombra del palacio y de las azoteas de Dptedin se estiende sobre toda esta es-



cena, y le sigue a uno hasta el pié de este cerro, donde empieza uno a subir otra montaña que sostiene en su cumbre la ciudad de Deir-el-Kammar: en un cuarto de hora de camino llegamos allá. Deir-el-Kammar es la capital del emir Beschir y de los drusos; la ciudad encierra una poblacion de diez a doce mil almas; pero escepto un antiguo edificio adornado de esculturas moriscas y de altos balcones en un todo semejante a los restos de uno de nuestros castillos de la edad media, Deir-el-Kammar nada tiene de ciudad, y ménos de capital, parece un miserable lugaron de Saboya ó de Auvornia.

Acababa de amanecer cuando le atravesamos; las manadas de yeguas y de camellos salian de los patios de las casas, se derramaban por las plazas y las calles no empedradas de la ciudad: en una plaza algo mas espaciosa que las otras, estaban levantadas algunas tiendas de zingaros ó gitanos; hombres, niños, mugeres medio desnudos ó embizados en la inmensa manta de lana blanca que es su único vestido, estaban acurrucados, alrededor de una hoguera, y se peinaban unos a otros, ó buscaban los insectos que los devoraban.

Algunos árabes al servicio del emir pasaban a caballo con su magnífico trage, con armas soberbias en la cintura y una lanza de doce a quince piés de largo en la mano. Unos iban a llevar al

emir nuevas del ejército de Ibrahim; otros bajaban hácia la costa para transmitir las órdenes del príncipe a los destacamentos mandados por sus hijos y que están acampados en el llano. Nada es mas imponente y rico que el trage y la armadura de estos guerreros drusos. Su turbante inmenso, y sobre el cual serpentean, en graciosas vueltas, chales de colores brillantes, proyecta sobre su tostado rostro y sus negros ojos una sombra que realza la magestad y agreste energía de sus fisonomías; largos bigotes cubren sus labios y les caen por ambos lados de la boca: una especie de tunicela corta y de color rojo es una vestimenta uniforme para todos los drusos y para todos los montañeses; esta túnica, segun la importancia y la riqueza del que la lleva, está tegida con algodón y oro, ó solamente con algodón y seda, y elegantes dibujos en que la diversidad de los colores contrasta con el oro ó la plata del tegido, brillan sobre el pecho ó sobre la espalda. Inmensos pantalones de pliegues cubren las piernas; los piés van calzados con borceguies de taflete rojo y pantuflas de taflete amarillo por encima del borceguí: sobre los hombros llevan una chaqueta forrada de pieles, con las mangas colgando, como nuestros húsares.

Una faja de seda ó de taflete, semejante a la de los albaneses, rodea el cuerpo con sus numerosos pliegues y sirve al jinete para llevar sus armas: siempre se ven los puños de dos kangiars ó yata-



ganes, puñales y alfanges cortos de los orientales, salir de aquel cinturón y brillar sobre el pecho; generalmente las culatas de dos ó tres pistolas embutidas de plata ó de oro, completan aquel arsenal portátil: todos los árabes llevan además una lanza muy larga y de madera muy dura, delgada y flexible, como una caña. Esta lanza, su arma principal, está adornada de borlas flotantes y de flecos y cordones de seda; la llevan generalmente en la mano derecha, la punta hácia arriba, y el cuento casi tocando al suelo; pero cuando lanzan sus caballos a galope, la vibran horizontalmente, y en sus juegos militares la arrojan a una distancia enorme y van a recogerla inclinándose hasta el suelo. Antes de arrojarla, le imprime largo rato un movimiento de oscilación que da mucha fuerza al tiro y le hace alcanzar al blanco que designan. Gran número de estos ginetes hallamos en todo el día: el emir Beschir nos había dado además algunos para guiarnos y hacernos fiesta: todos nos saludaron con suma cortesía y pararon sus caballos para cedernos el paso.

A cosa de dos millas de Deir-el-Kammar se disfrutaban unas de las más hermosas vistas del Líbano que es posible imaginar. A un lado sus profundas gargantas a las que vamos a bajar, se abren de repente bajo nuestras pisadas; al otro, el castillo de Dptedin se alza en la cima de su cerro, vestido de verdura y surcado de espumantes aguas, y

enfrente las montañas que bajan gradualmente hasta el mar, unas negras, otras bañadas de luz, se desarrollan como una catarata de colinas y van á esconder sus piés ya en las verdes orillas de los bosques de olivos que cubren las llanuras de Sidon, ya en las playas de arena de color de ladrillo, en las costas de Berut. Aquí y allí, el color de las laderas de aquellas montañas y las líneas variadas de su inmenso horizonte en declive, están cortadas por cimas de cedros, de abetos ó pinos de anchas copas, y en sus bases ó en sus altas cumbres brillan numerosas aldeas.

El mar termina este horizonte; uno sigue con la vista, como en un inmenso mapa ó en un plano de relieve, las recortaduras, los sesgos, las ondulaciones de las costas, de los cabos, de los promontorios, de los golfos de su litoral, desde el Carmelo hasta el cabo Batrum, en una extensión de cincuenta leguas. El aire es tan puro que cree uno que en pocas horas de bajada llegaría a puntos de que le separan tres ó cuatro días de camino. A estas distancias el mar se confunde de tal modo, a primera vista, con el firmamento, que linda con el horizonte, que no se pueden distinguir al principio los dos elementos, y que parece que la tierra nada en un inmenso y doble oceano: solo fijando con más atención sus miradas en el mar, y viendo brillar las velitas blancas sobre su superficie azul, puede uno



explicarse lo que ve. Una bruma ligera y mas ó ménos dorada, ondea en la estremidad de las olas y separa el cielo y el agua. A veces, leves nieblas levantadas de las vertientes de las montañas por las brisas de la mañana, se desprendian como blancas plumas que un pajarillo hubiera dado al viento, y caian en el mar, ó se evaporaban en los rayos del sol que empezaba á abrasarnos. Dejamos con sentimiento aquella magnífica escena, y empezamos á bajar por un sendero tal, que jamas he visto otro mas peligroso en los Alpes. El declive es casi perpendicular, el sendero no tiene dos piés de ancho; por un lado le ciñen precipicios sin fondo, y por otro tapias de peñascos: la superficie del sendero está cubierta de piedras movedizas y tan alisadas por las aguas y por las herraduras de los caballos y los piés de los camellos, que estos animales tienen que buscar con sumo cuidado los sitios donde han de poner los piés, y como siempre los sientan en los mismos puntos, han acabado por abrir en la piedra cavidades donde se encaja su casco ó su pezuña á algunas pulgadas de profundidad, y solo merced á esas cavidades que ofrecen un punto de resistencia, pueden sostenerse los animales. De cuando en cuando se hallan escalones labrados tambien en la peña á dos piés de altura, ó pedazos de granito redondo por cima de los cuales no se puede pasar, y que es preciso torcer con gravísimo peligro; tales son casi todos los caminos

en esta parte del Líbano. De trecho en trecho las laderas de las montañas se separan ó se achatan, y se anda con mas comodidad sobre capas de polvo amarillo, de greda ó de tierra vegetal: no se concibe como semejante pais está poblado de tan gran número de hermosos caballos y cómo es tan habitual su uso. Ningun árabe, por mas miserable que sea su lugar ó su casa, sale como no sea á caballo, y continuamente los veiamos bajar ó subir con la mayor indiferencia, con la pipa en la boca, por derrumbaderos por donde apenas podrian trepar los corzos de nuestras montañas.

Al cebo de hora y media de bajada, empezamos á entrever el fondo de la garganta que teniamos que atravesar y seguir. Un rio resonaba en sus profundidades, veladas todavía por la niebla de sus aguas y por las copas de los nogales, de los algarobos, de los plátanos y de los álamos de Persia que crecian en las últimas pendientes de la barranca: hermosas fuentes salian a la derecha del camino de las grutas de peñas entapizadas con mil plantas rastreras desconocidas, ó del seno de las herbosas praderas salpicadas de flores de otoño. Pronto descubrimos una casa, entre los árboles, en la márgen del rio ó del torrente que vadeamos; allí nos detuvimos para que descansaran los caballos, y para disfrutar un momento de una de las mas extraordinarias perspectivas que hemos encontrado en nuestra escursion.



La garganta á cuyo fondo habíamos bajado, estaba llena toda entera por las aguas del rio, que hervian al rededor de algunas moles de peñascos derrumbados en su cauce. De trecho en trecho, algunas islas de tierra vegetal daban pié á gigantescos álamos que se alzaban á una altura prodigiosa y proyectaban su sombra piramidal sobre las laderas de la montaña en que estábamos sentados. Las aguas del rio se encajonaban á la izquierda entre dos paredes de granito que parecian haber rajado para abrirse calle; aquellas paredes se alzaban á cuatrocientos ó quinientos piés, y juntándose por su estremidad superior, parecian un inmenso arco que el tiempo hubiera hecho desplomarse sobre sí mismo. Allí, anchas copas de pinos de Italia se estendian como matas de alelíes sobre las ruinas de las tapias viejas, y su color verde sombrío se destacaba sobre el vivo y crudo azul del cielo. A la derecha, la garganta serpenteaba por espacio de un cuarto de milla entre márgenes ménos escarpadas y angostas; las aguas del rio se estendian en libertad, abrazando una multitud de islitas ó de verdes promontorios; todas aquellas islas, todas aquellas lenguas de tierra estaban cubiertas de la mas rica y graciosa vegetación. Aquella era la primera vez que yo veia el álamo desde que dejé las orillas del Ródano y del Saona. Este hermoso árbol tendia su pálido y móbil velo sobre todo aquel valle del rio; pero como allí no le

poda ni le planta la mano del hombre, crece en grupos y estiende libremente sus ramas con mucha magestad, diversidad de formas y gracia que en nuestros climas. Entre los grupos de esos árboles y algunos otros grupos de juncos y espadañas que cubrian tambien las islas, veiamos los machones arruinados de un añoso puente construido por los antiguos emires del Líbano y desmoronado hace siglos.

Mas allá de los machones de ese puente arruinado, abrirse del todo la garganta sobre una inmensa escena interior de valles, llanuras y colinas sembradas de aldeas habitadas por los drusos, y todo estaba rodeado como un anfiteatro, por una cordillera circular de altas montañas:—aquellas colinas eran casi todas verdes y estaban cubiertas de bosques de pinos. Las aldeas, suspendidas unas encima de otras, parecia á la vista que se tocaban; pero luego que hubimos atravesado algunas, reconocimos que la distancia entre una y otra era considerable por la aspereza de los senderos y por la necesidad de bajar y subir los profundos barrancos que las separan.

Aldea hay de aquellas desde la cual se puede oír fácilmente la voz de un hombre que habla en otra aldea, y sin embargo se necesita una hora para ir desde una á otra. Lo que todavía hacia mas pintoresco el efecto de aquel hermoso pais eran dos vastos monasterios plantados, como dos fortalezas